

PASCUAL DE GAYANGOS Y LA LITERATURA MEDIEVAL CASTELLANA

POR
FRANCISCO LOPEZ ESTRADA

EL POLIGRAFO GAYANGOS Y SU EPOCA

Los historiadores de la Literatura (o de cualquier otro aspecto de la cultura) solemos dar una imagen parcial de lo que hizo en su vida el hombre del que escribimos su biografía. Me acuso de este pecado de parcialidad en mi intento por establecer lo que hizo el sevillano Pascual de Gayangos en relación con la literatura medieval. Es lamentable (pero necesario para mis fines) desgajar este solo aspecto de la actividad de Gayangos, al que cabe aplicar un adjetivo decimonónico que le cae redondo: el polígrafo Gayangos. Perderemos el hilo de la movida existencia de Gayangos, pues el estudio de la Edad Media representó en él sólo una parte de un cúmulo de aficiones que han de comprenderse en la unidad de su vida. En Gayangos no aparece un quehacer profesional determinado: al compás de su existencia, acude a uno u otro aspecto según le empujan las circunstancias. Y de ahí que a veces su obra aparezca con rasgos propios de una labor de investigación, otras sea afán de ilustración y conocimiento de un asunto, a veces parezca arrastrado por una pasión y otras se mueva llevado sólo por su condición de hombre curioso y despierto.

Este inquieto erudito vivió durante el siglo XIX casi completo, a lo largo de una época en que la Ciencia acota con cada vez más rigor los campos de estudio y establece una técnica adecuada de trabajo en cada uno de ellos. De ahí que Gayangos viva a contrapelo de esta corriente general y que, por tanto, su personalidad, un tanto indisciplinada, resulte difícil de situar en los cuadros generales de la época. La larga vida de Gayangos, desde 1809 a 1897, le permitió participar en el desarrollo de muy diferentes movimientos culturales. Romántico por generación y talante, conoció el progreso que el Positivismo impuso en el desarrollo de las ciencias, sobre todo en las naturales y después en las del espíritu. Y esto lo hizo con una perspectiva cultural

más amplia que la de otros españoles contemporáneos porque los avatares de su vida le hicieron conocer el ambiente francés e inglés desde dentro y dominar ambas lenguas con gran soltura. En este desarrollo de las ciencias, las Humanidades no se beneficiaron en igual grado en los diversos países de Europa ni todas las materias comprendidas en ellas obtuvieron igual beneficio de las nuevas técnicas. En lo que toca a la Filología, el rigor metodológico que los investigadores —sobre todo, alemanes— aplicaron al mundo clásico también llegó a las lenguas modernas, y así aparece la Filología Hispánica, referida a las lenguas y literaturas del mundo español. La literatura medieval fue uno de los campos en que más necesario resultaba la aplicación de estas técnicas. Y Gayangos lo intuyó así; de ahí que su dominio preferido fuese la Edad Media española, aplicándose en particular a los estudios del espacio cultural de Al-Andalus. La cuestión que se plantea el que se asoma a la vida de Gayangos es por qué no siguió en ese campo, en el que había tanta labor por realizar y para el cual poseía una inicial formación suficiente. Se le tiene por el fundador de la moderna escuela de arabistas españoles. Pero ése no fue el curso continuo de sus trabajos y, de una manera gradual, derivó hacia otras cuestiones a través de zonas de transición como es la que representa la literatura aljamiada. Gayangos se dio cuenta de que, en el curso histórico de España, no hubo fronteras insalvables ni grupos políticos impermeables: supo percibir que en la vida de la España medieval fueron protagonistas tanto los cristianos como los árabes; y con ellos había que contar además con los que estaban en medio del encuentro de ambas leyes creando otra cultura propia, con escasas y difíciles huellas documentales, propia de gentes que iban de una a otra parte y que vivían comprometidas. De ahí la consideración de la literatura aljamiada, propia de los moriscos; él mismo se dio cuenta de la importancia de estos estudios, tal como escribe a Basilio Sebastián de Castellanos desde Londres entre 1839 y 1841: «Aquí [en Inglaterra; se refiere a su artículo "Language and Literature of the Moriscos", 8 (1839)] ha causado mucha sensación por ser asunto enteramente nuevo, y sobre el que nada se conocía en Europa.» A Gayangos le gustó esta cultura, que estuvo en el filo del cuchillo, entre moros y cristianos, y también las cuestiones cercanas a ella, como ocurre con sus estudios sobre la *Crónica del moro Rasis*.

Destaquemos, en primer lugar, el sentido abierto de la curiosidad de Gayangos. Pudo haberse limitado —como hemos indicado— al arabismo, como conocedor que era del árabe por sus investigaciones y por los libros que publicó, y por haber sido oficial de la interpretación de lenguas del Ministerio de Estado y catedrático de árabe en la Universidad de Madrid.

¹ JOSE SIMÓN DIAZ: «Epistolario de D. Pascual de Gayangos», en *Aportación documental para la erudición española* (Madrid: CSIC, 1948), 5.ª serie, pág. 8.

Sin embargo, después que volvió de Londres a España en 1843 y, sobre todo, desde la mitad del siglo, registramos una más intensa dedicación a los estudios sobre la literatura y la historia de España, en particular en lo referente a esta época medieval que me importa destacar. He de notar que esta dedicación a la literatura española le venía de lejos y fue compatible y paralela con sus estudios árabes, y también con otras actividades que requerían un estudio específico, como la Numismática, a la que era muy aficionado. Aun siendo Gayangos un hombre muy de su época, recuerda la dispersa curiosidad de los eruditos de los Siglos de Oro, como Argote de Molina, por citar el caso de otro sevillano. Gayangos fue —hemos de insistir en ello— un hombre que vivió en su época de una manera despierta, consciente de la «civilización moderna». El curso de su vida fue propiciando esta dedicación a los estudios sobre la literatura española, que, sin embargo, no llegó nunca a ser exclusiva ni excluyente.

SOCIABILIDAD DE GAYANGOS

Un hecho fundamental en esto fue su radicación por unos años en Inglaterra, desde 1837. Allí fue a vivir con su mujer, y de esta época es la siguiente confesión, escrita el 25 de noviembre de 1841, en una carta a su amigo Basilio Sebastián de Castellanos: «Soy miembro en varias sociedades (en algunas de ellas de número); tengo a todas las horas acceso a la Biblioteca del Museo Británico y a la Bodleyana de Oxford, ambas riquísimas y mucho más que la del Escorial en manuscritos arábigos; soy redactor de un periódico de literatura oriental [...]; gano lo suficiente para mantenerme con decoro; y últimamente tengo la seguridad de que cuantas obras emprendo para ilustrar la historia de mi patria otras tantas serán impresas por la Real Sociedad Asiática»². Un programa intelectual de esta categoría pudo haber hecho feliz a un erudito y bastarle para dar un sentido único a su vida, pero esto no fue así. Gayangos no se manifiesta como un erudito encerrado en las bibliotecas, un introvertido pendiente sólo de su pasión por los libros. Cuanto más se estudia su personalidad —y lo que estamos aquí haciendo es sólo apuntar cuestiones que algún día se conocerán más exactamente—, Gayangos aparece como un hombre abierto, extravertido, atrayente, preparado siempre para viajar a donde fuese necesario, y, hay que destacarlo, autor de una correspondencia que hoy es un documento de primer orden para muchas cuestiones. Fue hombre de espíritu liberal, tanto en el sentido

² Idem, pág. 10.

humano del término, generoso, desprendido, franco, como en el político, en donde se manifestaba así, pero dentro de criterios sociales conservadores. Esto le conducía a ser una persona muy sociable, como ha contado de él su biógrafo Pedro Roca: «Gustábale también a Gayangos divertirse, asistir a reuniones, tertulias, convites, conciertos y *parties* donde se tocase y cantase, porque era muy aficionado a la música; y sí desde muy mozo frecuentaba, según su propio testimonio, la sociedad de gente proveccta, desde muy mozo su madre, espíritu abierto, generoso y expansivo, habíale acostumbrado a vivir en sociedad, y en aquel Madrid filarmónico y social de los años 1831-33, corte de Fernando VII y Cristina, en que la juventud española se divertía grande y honestamente, vésele a Gayangos concurrir a los conciertos y bailes dados por el coronel D. Pablo Cabrero y los Sres. Vallarino, Villavicencio, Aristizábal, Elhuyar, Mariátegui, Cambronero, Valdés y otras varias casas de la clase media, incluso la misma de su madre, en que se pasaban las horas en animado y agradabilísimo solaz»³. Y en Londres, con más motivo aún, porque las ocasiones eran más frecuentes, como escribe el mismo biógrafo: «Estos hábitos continuólos en Londres acompañado de su esposa; baste decir que hasta primeros de abril de 1838 pasaban ya de veinte los *parties* nocturnos a que desde principios de la estación habían asistido. Grandemente le regocijaban tales reuniones»⁴. Quiero dejar todo esto bien presente para que se sepa que Gayangos fue un hombre divertido, con muchos amigos y metido en la vida de la sociedad intelectual londinense, recibido en ella *par inter pares*.

GAYANGOS, BIBLIOFILO

Toca ahora considerar de qué manera Gayangos se sitúa en el campo de los estudios medievales en lengua española; esto aparece ya en su juventud y se asegura en su estancia en Málaga, y con esta afición pasa a Londres. Hemos visto que estuvo en camino de ser el arabista de más prestigio de su tiempo, y esto debiera haberle bastado en sus propósitos filológicos. Buscando alguna explicación para el caso, mi parecer es que Gayangos fue siempre un bibliófilo, con la grandeza y servidumbre que entraña esta afición. Amor al libro antiguo, afán de su posesión, de todo ello encontramos en su larga vida. Sólo persistiendo en el amor desmedido por los libros se pudo haber reunido el tesoro de obras que guarda la Biblioteca Nacional⁵ y la

³ PEDRO ROCA: «Noticias de la vida y obras de D. Pascual de Gayangos», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 2 (1898), pág. 27.

⁴ Idem, págs. 27-28.

⁵ Conocidos por el libro de PEDRO ROCA: *Catálogo de los manuscritos que pertenecieron a*

de la Real Academia de la Historia, señaladas con el sello que tantas veces hemos visto con su nombre rodeado de un rectángulo como marco: Pascual de Gayangos. Esa fue una labor que tuvo mucho de persecución primero, y de gozo después, al incorporar la pieza lograda a su colección. Gran parte de su correspondencia trata de esta pesquisa de los libros, de los tratos con los libreros y amigos, precisando y valorando las piezas con el conocimiento de un experto, no ya en el contenido, sino en los precios. En una carta dirigida a D. Francisco de Borja Pavón, de 13 de junio de 1855, escribe esto: «Diga al señor Lucas que siempre que compre algún libro antiguo y bueno que él ya tenga, o no quiera conservar, que me escriba, y ya sea a cambio, ya a dinero (que es lo más conveniente) o me diga lo que le he de remitir...»⁶. Esos trueques, compras y tratos eran el medio por el que Gayangos alimentaba su pasión de bibliófilo y la vía por la que acrecentaba sus conocimientos sobre la literatura contenida en los libros.

GAYANGOS, BIBLIOGRAFO

De la bibliofilia se pasa a la bibliografía, en cuanto que el aficionado tiene que dar puntual cuenta del ejemplar adquirido o consultado; hay que describirlo en su condición de manuscrito, incunable o impreso, identificarlo, conocer su contenido, etc. Y aquí comenzamos a señalar las aportaciones de Gayangos a la literatura medieval: dar a los historiadores los datos necesarios para situar las obras de este período, de conocimiento difícil entonces por conservarse en manuscritos y en los primeros incunables, guardados en bibliotecas de difícil acceso y sin catálogos impresos. De ahí la importancia de la labor de Gayangos como bibliógrafo. Es el segundo escalón: si los libros antiguos no se tienen como propios, cabe ofrecer la noticia de los que existen en las grandes bibliotecas, y ése fue el propósito del *Catalogue of the Manuscripts in the Spanish Language in the British Museum*, obra tardía en su aparición (1875, 1877, 1881 y 1893), resultado de una continua labor. Ese fue uno de sus trabajos en Londres, y el resultado de esta labor de acopio compensa con creces el alejamiento de su patria, pues de esta manera la noticia del fondo español de los manuscritos de la British Library se incorporó a los estudios españoles, sobre todo literarios, en particular los relativos a la época medieval. Esta disciplina del catálogo se le quedó bien prendida y explica la otra aportación bibliográfica importante que fue su

D. Pascual de Gayangos, existentes hoy en la Biblioteca Nacional (Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, 1904).

⁶ J. SIMÓN DÍAZ: «Epistolario de D. Pascual de Gayangos», art. cit., pág. 32.

colaboración al *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, formado con los apuntamientos de Bartolomé José Gallardo, muerto en 1852, en la parte referente a los libros de caballerías y al *Cancionero*, aparecido en el tomo II (Madrid, Rivadeneyra, 1868). En la Advertencia preliminar, Zarco del Valle y Sancho Rayón (que es de suponer la escribieron) se refirieron a Gayangos cuando dieron las gracias a los que les habían ayudado y de cuyas bibliotecas habían dispuesto: «... y por último la [biblioteca] del Sr. D. Pascual de Gayangos, de valor inestimable, ya por la variedad y número de obras de que se compone, ya por la hidalguía y generosidad de su dueño, el más franco y desprendido de los bibliógrafos españoles. No solamente nos ha enviado a centenares sus libros a nuestra propia casa, sino que llevó su bizarría al extremo de facilitarnos la copia, hecha por él mismo, de un *Cancionero* manuscrito, existente en Inglaterra (el de Herberay des Essarts), y de formar para el presente volumen un Catálogo de libros de caballería, refundiendo y completando el que trazó para la Biblioteca de Autores Españoles.»

GAYANGOS, ESTUDIOSO DE LA LITERATURA MEDIEVAL

Gayangos no sólo fue bibliófilo por naturaleza y bibliógrafo por conciencia de su trabajo histórico. También realizó aportaciones que proceden del conocimiento que iba adquiriendo con la lectura de sus propios libros o de los que catalogaba o de los que comentaba en las revistas inglesas en sus primeros tiempos. Entramos ahora en su aportación en tres aspectos: como colaborador en el trabajo de los demás, como editor de textos y como crítico literario; los tres están enlazados entre sí y cubren la actividad de Gayangos como medievalista.

Gayangos se orienta hacia el Medievo español desde el arabismo

Esta vía hacia la literatura medieval española estaba implícita y soterrada en su actividad como arabista, sobre todo en cuanto editor de la *History of the Mohammedan dynasties*, de Al-Maqqari; y esto lo situaba en la Edad Media de la España peninsular. Uno de los fines que le guiaban en sus estudios árabes, como escribe M. Manzanares, era el de «poder después hacer comparaciones con los datos que ofrecían las crónicas castellanas»⁷. Así ocurrió con la leyenda de D. Florián y Florinda, recogida por Rodrigo

⁷ MANUELA MANZANARES DE CIRRE: *Arabistas españoles del siglo XIX* (Madrid: Instituto Hispánico-Arabe de Cultura, 1972), pág. 89.

de Toledo y Alfonso X, abriendo así el camino de la exploración realizada por Menéndez Pidal. La afición de Gayangos fue la historia que cruza los dominios árabe y cristiano en la Península, culminada en la *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis*, en las *Memorias de la Real Academia de la Historia* [8 (1952), págs. 1-100], en que defendió, en contra de la opinión más común, que la Crónica procedía de la *Historia* de al-Rāzī (primera mitad del siglo X).

Hay que destacar, en este mismo sentido, la progresión de sus estudios sobre los moriscos y, en particular, los referentes a la literatura aljamiada, en la que, como dije, tenía clara conciencia de ser el primero que la incorporaba a la cultura europea.

Gayangos y la edición de textos

Todo esto, pues, estrecha más el cerco de nuestro cometido: los estudios sobre la literatura medieval en lengua española. Centrado en esta época y en este dominio, su aportación es incidental en algunos aspectos y fundamental en otros. Hay que partir de que la publicación del *Catálogo* de la British Library dio al menos la noticia de un gran número de los textos medievales españoles que conserva aquella biblioteca. En algún caso, así en el del *Cancionero* de Herberay des Essarts, copió el códice, y esta copia se conserva en la Biblioteca Nacional, y se publicó parcialmente —como he indicado— en el *Ensayo* de Gallardo⁸. Otras veces presentimos a Gayangos en la sombra, ayudando en el logro de la edición de obras fundamentales para la literatura medieval, como es el caso de la impresión del *Cancionero de Baena* (Madrid: Rivadeneyra, 1851). Esta edición, que suele citarse como de Pedro José Pidal, autor del prólogo, fue realizada por Eugenio de Ochoa, el cual dice que le ayudó Gayangos: «teniendo el Sr. Gayangos y yo constantemente a la vista, para la corrección de pruebas, el códice de Baena»⁹. Hasta 1966, en que José María Azáceta publicó una nueva edición que mejoró los defectos anteriores de la transcripción de Ochoa y de Gayangos, esta importantísima pieza de nuestra lírica cancioneril fue conocida por el esfuerzo de estos dos eruditos.

Gayangos como comentarista

Nos importa ahora centrarnos en su aportación fundamental, sobre todo como escoliasta guiado por el propósito de mejorar, desde la humildad de la nota, un texto ajeno. Hay que tener una profunda conciencia del trabajo

⁸ (Madrid: Rivadeneyra, 1863), I, cols. 451-67.

⁹ *Cancionero de Baena* (Buenos Aires: Anaconda, 1949) [que reproduce la de 1851], p. XI.

de la historia para realizar este propósito con una voluntad de colaboración positiva, sin que el autor anotado se sienta dolido. Una relación de esta naturaleza requiere grandes condiciones personales en el anotador. Por esta vía llegamos a una de las participaciones en la obra de otro gran erudito, George Ticknor, que dio gran renombre a Gayangos.

GAYANGOS Y LA HISTORIA DE LA LITERATURA DE G. TICKNOR

Gayangos redactó las adiciones y notas críticas de la edición española de la *Historia de la Literatura Española* que había escrito George Ticknor (1791-1871), un bostoniano que encabeza el hispanismo erudito de los Estados Unidos. Esta obra fue el resultado de las tendencias europeístas de Ticknor, encauzadas hacia el estudio de la literatura española; con esta materia cubría las enseñanzas de la cátedra de Harvard que ocupaba.

Hay que decir sobre todo esto que el propósito de escribir una historia de la literatura española a la medida de su tiempo era un proyecto sobre el que Serafín Estébanez Calderón (1799-1867) y Gayangos habían tratado; sabemos que los dos amigos realizaban juntos compras y ventas de libros manuscritos e impresos; en estos tratos Gayangos se iba haciendo con las piezas que más apetecía en relación con sus aficiones y estudios. Pero en una carta de Estébanez a Gayangos se descubre otro aspecto de estas relaciones; después de decirle que ha comprado unas pocas buenas obras, añade: «He juntado, con lo adquirido aquí y con lo que poseía, una colección de crónicas y de historias, la más copiosa y rara que puedes pensarte; y ahora me dirás: ¿estás loco? Te responderé, pues, que la baja es bastante considerable para sacar el importe en cualquier mercado, y después, que he pensado que con nuestros conocimientos adquiridos y con las herramientas que ya tenemos y que podemos aún allegar, estamos en el caso de poder nosotros dos escribir una *Historia de la Literatura Española*, la más *consciencieuse* y mejor rumiada que exista, y que acertando a escribirla con un poco de sabor, habremos hecho una obra que nos asegure claro y duradero renombre» (Carta desde Málaga, 15 de agosto de 1839)¹⁰.

El proyecto quedó en el aire y Gayangos nunca lo vio realizado, al menos en su plenitud. Faltos aún de los instrumentos de información que son los grandes Catálogos y Bibliografías, los historiadores de la época se habían de procurar los materiales de su trabajo por los propios medios, y uno de ellos era el trasiego de libros y la solicitud de noticias de los enterados.

¹⁰ P. ROCA, art. cit., 2 (1898), pág. 79.

Asombra hoy leer el epistolario de Gayangos con Ticknor, publicado por la diligente Clara Louisa Penney¹¹, y las colecciones de epistolarios reunidos por Simón Díaz. Este vaivén de noticias y de libros se realizaba con los medios del correo y del comercio del siglo XIX; algunos datos de la *Historia* de Ticknor o una nota de Gayangos sólo pudieron incorporarse a la erudición de la época yendo de Europa (o en sentido inverso) a América en los lentos barcos de la época.

Podemos precisar cuándo llegaron a conocerse Ticknor y Gayangos. Fue durante la época en que Gayangos vivió en Londres y era amigo de los amigos de España, hispanófilos mejor que hispanistas. Uno de ellos era Enrique Ricardo Bassal Fox, tercer Lord Holland (1773-1840), del partido liberal, autor del libro sobre las vidas de Lope de Vega y de Guillén de Castro. Era el segundo viaje de Ticknor a Europa. Pedro Roca cuenta así el encuentro entre los dos: «El 3 de junio de 1838 estuvo Ticknor comiendo en Holland House. El convite fue espléndido, como de costumbre en aquella agradable mesa. Comióse, naturalmente, en el grandioso Gilt Room o Salón Dorado, y ocupaban la mesa Mr. Ellice, uno de los principales miembros del Gabinete de Lord Melbourne y cuñado de Lord Grey; la condesa Lady Cowper y su hija, Lady Fanny, *mater pulchra, filia pulchrior*; Lord Juan Russel, ministro del Interior, el Atlas de aquella desdichada administración; los condes de Morley; Stanley, de la Tesorería; Gayangos, el español a quien Ticknor deseaba ver porque era el encargado de la revista de la obra de Prescott, y Sir Francis Head. El convite nada dejó que desear. "Me senté a la mesa —dice Ticknor— entre Gayangos y Head, porque yo necesitaba conocer a los dos. El español, de unos treinta y dos años, hablaba el inglés casi como su lengua materna¹², me fue sumamente simpático y me pareció competentísimo en lo tocante a lo español y lo arábigo y muy bien dispuesto con toda su benevolencia hacia la obra Fernando e Isabel." Y añade que, después de la comida, según cuenta Ticknor: "Los demás permanecimos allí mucho tiempo charlando y discutiendo acerca de obras raras, de antiguos manuscritos españoles y del desbarajuste de los partidos ingleses." Así se conocieron Ticknor y Gayangos»¹³. Y desde entonces no cesó un río de correspondencia entre los dos, a través del cual Ticknor fue ampliando su conocimiento de la literatura española, leyendo los libros que le enviaba Gayangos hasta montar los cuadros de su historia; y de una manera más definida en cuanto a esta cooperación en la traducción del texto inglés y en

¹¹ GEORGE TICKNOR: *Letters to Pascual de Gayangos* (New York: Hispanic Society of America, 1927), ed. Clara Louisa Penney.

¹² Escribió TICKNOR: «Talking English like a native.»

¹³ Véase P. ROCA, art. cit., 2 (1898), págs. 26-27, que transcribe traduciendo lo que dice TICKNOR de los testimonios del libro *Life, letters and Journals*, Boston, 1909, II, 148-149.

la anotación del libro que había escrito el americano. Para esto Ticknor está en todo: recibe pruebas, envía correcciones y adiciones muy importantes, como los traductores y anotadores reconocen paladinamente en la advertencia de la primera edición española. También se preocupa de enviarles la lista de los que quieren que reciban el libro. Y, por fin, un día recibe en Boston un ejemplar del tomo I, el correspondiente a la Edad Media, y se apresura a escribir a Gayangos: «The work is printed well and in good taste. I trust it will prove profitable to you. It is certainly an honor to me, and as such, I beg you to accept my acknowledgements for it and to offer them on my behalf to D. Enrique de Vedia for his part in it» (Carta de Boston, 25 de junio de 1851)¹⁴.

En el tomo I de la traducción española (que es el que nos importa para nuestro fin), la parte de Ticknor ocupa de la página 1 a la 488, y las adiciones de Ticknor y Vedia¹⁵, de la 489 a la 573. Complemento de este tomo es el apéndice H del tomo IV, con «trozos de antigua poesía castellana—escribe Ticknor— que nos han sido suministrados por Don *** de Madrid» (página 247) y contiene los poemas en cuaderna vía *Poema morisco aljamiado de José el Patriarca*, el *Poema anónimo en alabanza de Mahoma*, el *Libro del Rabbi Santob* y la *Danza general de los muertos*. Destaquemos también el buen índice que tanto facilita el uso de estos libros.

La obra, desigualmente recibida, supuso una importante aportación que, como es propio de cualquier Historia, pronto fue superada por otras que aprovechaban su experiencia. Años después, en 1901, Menéndez Pelayo escribía lo siguiente sobre la parte que nos ocupa, y que es la opinión más citada sobre esta obra: «Lo que menos vale en él, lo más anticuado y lleno de errores es, sin duda, la Historia de la Edad Media»¹⁷. Menéndez Pelayo escribió esto cincuenta años después de la publicación de la obra, y en medio siglo cualquier Historia, por bien escrita que esté, envejece, y además porque pudo disponer de la extensa *Historia* de Amador de los Ríos, que fue un apoyo básico en sus libros sobre la época medieval. Conviene recordar que Amador sólo pudo escribir completa la parte de la Edad Media en el curso de su vida. Menéndez Pelayo conocía en 1901 los muchos estudios

¹⁴ G. TICKNOR: *Letters to P. de Gayangos*, ob. cit., pág. 243.

¹⁵ GEORGE TICKNOR: *Historia de la Literatura Española*. Traducido al castellano, con adiciones y notas críticas por PASCUAL DE GAYANGOS y ENRIQUE VEDIA, I (Madrid: Imprenta de la Publicidad, a cargo de Rivadeneyra, 1851) y IV (1856).

¹⁶ Enrique de Vedia y Goosens era un rioplatense aficionado a la literatura, según la referencia de José A. Oria en el prefacio a la edición de la *Historia* (Buenos Aires: Bajel, 1958), página XXIII.

¹⁷ MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: «Prólogo a la *Historia de la Literatura Española* de Jaime Fitzmaurice-Kelly», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* (Santander: Aldus, 1941), I, pág. 83.

que desde 1851 habían hecho progresar los conocimientos precedentes; por aquellos años Menéndez Pidal ya había comenzado su decisiva labor. En favor de Ticknor y de Gallardo hay que señalar que ambos sobrepasaron lo que se exponía en las historias de los hispanistas precedentes, y también que sus datos suelen ser de primera mano, aunque sean limitados, y su juicio crítico no acierte siempre. Y además Gayangos mejoró en mucho la parte medieval, de tal manera que esta edición española, con las notas suyas y de Vedia, fue la base de la poco afortunada edición francesa de J. B. Magnabal (París, 1864).

7. GAYANGOS, EDITOR DE TEXTOS MEDIEVALES

De las actividades mencionadas antes y de estas noticias literarias ordenadas al hilo de la *Historia* de Ticknor, hay que pasar a la otra función de Gayangos como editor de algunos textos medievales. Gayangos, en este aspecto, se comportó como en sus estudios árabes: él se dio cuenta de que la literatura medieval española estaba aún, en gran parte, en los manuscritos, los incunables y otros impresos, lejos del alcance de los lectores. Ya en la edición española de la *Historia* de Ticknor aparecieron los entonces rarísimos textos que mencioné sobre la literatura aljamiada, demostrando cómo se abrían para la literatura medieval española estos campos fronterizos que en muchos casos señalan la peculiaridad hispánica en el conjunto de la Edad Media europea. Es un precedente del criterio de Américo Castro, que así enriquece, a mediados del siglo XIX, la consideración del Medievo hispánico. Cabe decir que en Gayangos cuentan a veces más las intenciones iluminadoras que el rigor de las realizaciones específicas.

La labor más notable como editor de textos que Gayangos realizó fue su colaboración en la edición de tres volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles. En ella se pone de manifiesto su predilección por la prosa literaria. Cabe preguntarse el motivo de esta elección. Si se considera la relación de los tomos anteriores, se observa que ninguno de ellos se refiere a la Edad Media, salvo algunas obras accidentales o lo que pudiese haber de medieval en el *Romancero General*, de Durán (núms. 10 y 16). Gayangos fue el primero que abrió el paso hacia la Edad Media en la gran colección, y su aportación resulta así paralela al tomo 57, de 1864, que contiene la vieja *Colección de poesías castellanas*, ya publicada por Tomás Antonio Sánchez entre 1779 y 1790, proseguida por Pedro José Pidal en la edición de Ochoa en 1842; y remozada con poco fruto por Florencio Janer en la mencionada fecha de 1864. Emparejada esta *colección* con la obra de Gayangos, la de nuestro editor, además de ser el resultado de su labor y no reedición de

textos anteriores, presenta un mayor interés por problemas de tipo textual, propios de una tarea de esta clase. Es evidente que la empresa de Rivadeneyra (que por cierto visitó a Ticknor en Boston) tiene un subido aire romántico en su planteamiento inicial, desde 1846. Entre los primeros números de la colección, los de Gayangos representan un esfuerzo dirigido hacia una erudición rigurosa; publica no las obras de autores o géneros de primera fila de los Siglos de Oro o posteriores, sino los textos de la Edad Media escritos en prosa, sin el prestigio de la épica o de la lírica. Y esto lo hace consciente de los problemas textuales que cada obra implica (aunque no los resuelva) y añade vocabularios (aunque hoy nos parezcan elementales).

Gayangos, por tanto, pechó con la prosa medieval hasta el siglo XV, una labor entonces y ahora imposible para un solo editor. De ahí la limitación de estos volúmenes. Se observa en seguida que su preferencia estaba en la prosa de ficción dentro de la especie de los libros de caballerías; también publica la prosa que cabe dentro del confuso adjetivo de «didáctica», contando con que cuanto se escribía en la Edad Media participa, de un modo u otro, de la enseñanza.

El contenido de los volúmenes que publicó en la Biblioteca de Autores Españoles es el siguiente:

El primero, aparecido en 1857, es el número 40 de la colección, titulado *Libros de caballerías*. Contiene el *Amadís*, con *Las Sergas de Esplandián*; la edición se hizo sobre la de 1533, que es la novena de las conocidas, y *Las Sergas* van por las de Sevilla 1542 y Alcalá 1588.

El segundo, el número 45, con pie de imprenta de 1858, contiene *La gran conquista de ultramar*, y puede considerarse como una continuación del título general que dio al anterior: se trata de una interpretación de las cruzadas como libro de caballerías, de muy compleja tradición textual. Gayangos sigue un criterio confuso en la edición del larguísimo texto.

Y el tercero, el número 52, que vio la luz en 1860, es el de los *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*. Es un libro «destinado a dar muestras de la prosa castellana en los siglos XIII y XIV», como se escribe en él. Las muestras son, sin embargo, obras completas: *Calila e Dymna*, *Castigos y documentos del Rey don Sancho*, *Obras de Juan Manuel*, *El libro de los enxemplos*, *El libro de los gatos* y *El libro de las consolaciones de la vida humana*.

En la Sociedad de Bibliófilos Españoles, que tan bien iba a su talante, publicó dos libros: el uno, en 1869, número 5 de la colección, *El libro de las aves de caza*; y el otro, la *Historia de Enrique VI de Oliva*, en 1871, número 8. El primero fue un compromiso con la Sociedad, pues no es responsable del texto, que había editado Emilio Lafuente y Alcántara: en el prólogo se limitó a una presentación general del tema de la caza en la Edad Media y de la personalidad de Lafuente; además, incluyó un índice al final del volumen.

Ya hacia el fin de su vida, en 1883, puso el prólogo a la edición fotolitográfica del *Breve tratado de Grimalte y Gradissa*, incunable, según Haebler, de Lérida, 1495. Suponemos que Gayangos recibiría de buena manera esta técnica de la fotolitografía, el comienzo del progreso en la reproducción facsímil de los textos, pero la crítica con que enjuicia la obra no ha variado de la que se valía desde su juventud: «La literatura se acomoda en todas partes al gusto reinante» (pág. VI), escribe; es decir, en relación inmediata con la historia. Clasifica los libros de caballerías en obras puramente caballerescas, de orden amoroso-sentimental (como el *Grimalte*), y las de índole moral, religiosas y ascéticas (pág. VII).

La aportación de Gayangos a la literatura medieval como editor de textos ha de considerarse condicionada a su circunstancia; le falta, como a los más que en su tiempo hicieron lo mismo, un criterio riguroso para escoger y relacionar entre sí los textos que habían de imprimirse y para trasladarlos a la letra impresa. Lo que dice de él José Manuel Blecha en el prólogo de su edición de *Juan Manuel* puede aplicarse al conjunto del trabajo de Gayangos: «La edición de Gayangos no es precisamente ejemplar, porque con una ausencia total del rigor modernizó la ortografía, alteró muchas palabras o frases enteras, adicionó otras y probablemente no llegó a leer de verdad el manuscrito, sino las copias del siglo XIX, que quizá fuesen algunas encargo suyo»¹⁸. Esta misma inseguridad textual se encuentra muy extendida entre otros eruditos del siglo XIX, y aumenta su gravedad cuando ocurre en textos medievales, que así quedan inhabilitados como documentos lingüísticos y que, a la dificultad de la transmisión textual de los manuscritos, añaden la inseguridad de estas ediciones. Hasta fines de siglo no se orientaría el camino hacia un planteamiento filológico de la cuestión; y esto se hizo, en términos generales, desde el arabismo con Francisco Codera y desde la filología hispánica con Menéndez Pidal.

Sin embargo, la labor de Gayangos no quedó perdida. Menéndez Pelayo, en 1901, enjuició con estas palabras la obra de los editores de la Biblioteca de Autores Españoles refiriéndose a la época que pertenecen los libros de Gayangos: «... si tal publicación no existiese, sería, para la mayor parte de las gentes, tierra incógnita la antigua literatura castellana, que, merced a ella, dejó de ser patrimonio exclusivo de los bibliófilos y entró en la circulación general»¹⁹. Si a esto añadimos la contumacia con que los herederos y sucesores de Ríbadeneira siguieron receditando las mismas planchas de los que iban siendo volúmenes cada vez más y más viejos, reconocemos la justicia del juicio de Menéndez Pelayo. Aún hoy, cuando estamos con prisas, acudi-

¹⁸ Don JUAN MANUEL: *Obras completas* (Madrid: Gredos, 1981), I, pág. 23.

¹⁹ «Prólogo a la *Historia de la Literatura Española* de Jaime Fitzmaurice-Kelly», art. cit., pág. 85.

mos, contando con el riesgo mencionado, a los venerables volúmenes, que están en cualquier parte, mientras que las cuidadosas ediciones críticas son a veces más difíciles de consultar que los manuscritos.

GAYANGOS Y LOS LIBROS DE HISTORIA

La preferencia de Gayangos por la prosa de ficción y la doctrina enlaza con la afición que tuvo a los libros de prosa histórica. Dejando aparte su estudio sobre la *Crónica del moro Rasis*, sabemos que coleccionó con afán los libros de la historia medieval, llegando a poseer ejemplares de las Crónicas de Enrique IV (en versión de Enríquez del Castillo), de los Reyes Católicos, de los Reyes de Navarra, del Príncipe de Viana y de las particulares de don Alvaro de Luna, de Lucas de Irujo, el *Victorial* y la *Embajada de Tamorlán*. Estas son las obras sobre las que, los que hemos estudiado este siglo XV como una época crítica y renovadora, establecemos nuestro conocimiento testimonial de la época. Recordemos que su labor como arabista tuvo como centro la historia de Al-Andalus, y se observa la correspondencia con esta otra afición en el dominio de la literatura cristiana de fines de la Edad Media. Su vocación por la historia se inclina por esta época crítica, de transición, que sólo obtuvo un estudio detenido mucho tiempo después y frente a la cual Gayangos es el primero que se plantea su significación en la cultura de fines de la Edad Media en España.

LA CRÍTICA DE GAYANGOS

Y, finalmente, nos queda referirnos a otro aspecto de la labor de Gayangos: su aportación a la crítica de la literatura medieval. De ella apuntaré sólo un esbozo. Gayangos es un crítico romántico; lo fue, como he dicho ya, por generación y por temperamento, en forma moderada, pero de una manera auténtica. Su matrimonio y el curso de su vida lo demuestran. Y lo mismo ocurrió cuando hubo de ser crítico e historiador de la literatura, sin que en ello hubiese un compromiso profesional. Por eso pudo elegir los campos de su actividad según su propio talento. Y elegir es ya definirse. Gayangos escoge el estudio de los libros de caballerías y se propone publicar el *Amadís* en una edición moderna. Esta decisión lo sitúa en la plenitud de la corriente literaria europea, sobre todo en sus manifestaciones inglesas. En efecto, de entre las diversas versiones que obtuvo el *Amadís* en las lenguas europeas, hubo una que resultó decisiva: el «elegante compendio» (en expre-

sión de Menéndez Pelayo) escrito por Robert Southey, publicado con el título de *Amadis of Gaula, by Vasco Lobeira*, en Londres, por los libreros Longman y Rees en 1803. Este *Amadis* de Southey fue un libro que obtuvo un gran favor entre los poetas románticos del grupo de los Lagos, Wordsworth y Coleridge, entre otros. El renovado libro antiguo empapa de medievalismo hispánico a los jóvenes poetas ingleses, al mismo tiempo que la prosa de ficción contemporánea asegura el éxito de la novela histórica medieval. Recordemos que los libros de Walter Scott fueron un factor importante en la afirmación del Romanticismo europeo. *Ivanhoe* fue una obra de éxito en España de 1825 hasta 1840 y representa la culminación de esta moda literaria. Y en esta situación europea Gayangos, durante su estancia en Inglaterra, trabaja en la recogida erudita (con una orientación de bibliófilo que es bibliógrafo al mismo tiempo) de los datos que le servirían para componer una historia de los libros de caballerías, y se propone para más adelante publicar el original del *Amadis* español. Es crudición y, al mismo tiempo, fervor romántico; esto lo recordó luego en 1857 en el discurso preliminar del *Amadis* cuando escribía que aquellas páginas eran «hojas de un libro que por los años 1840, y para distraerme de trabajos literarios más graves y molestos [en 1840 apareció el primer tomo de su *History of the Mohammedan dynasties*, y en 1843 el segundo], comencé a escribir en Londres sobre el origen y progreso de la ficción romántica en España». La literatura caballerescas es un «linaje de ficción romántica» (p. III). Partiendo del principio herderiano de que «la literatura es espejo fiel del carácter, costumbres y sentimiento del pueblo», se plantea el origen de esta ficción: ¿arábigo, gótico, de la antigüedad clásica? Gayangos fue un convencido europeísta, aun contando con su formación árabe: «la literatura caballerescas, juntamente con el espíritu que la creó, tuvo origen y principio en Europa y dentro de la misma sociedad, alimentándose con las ideas, sentimientos y costumbres de la Edad Media» (p. IV); la caballería era institución de origen germánico, reformada luego por el espíritu cristiano, y la literatura que le corresponde afirmó estos usos sociales, en correlación con la poesía provenzal. En España, este «movimiento literario» (p. V), en cuanto a su manifestación como libros de ficción, apareció más tarde que en otros países europeos porque la literatura salida del mismo pueblo poseía, por razón de su peculiaridad histórica, esta tensión caballerescas. Dice Gayangos que entre la literatura de la tradición popular y de los héroes históricos y el *Amadis* «la transición es casi imperceptible» (p. VI). Y ése fue el motivo por el que después persistió en España la literatura caballerescas en la época moderna, cuando los otros países la habían abandonado. Esta concepción apoya el desarrollo de la historia del género, que obtiene entre los españoles un extraordinario número de lectores. El panorama del género y la bibliografía que lo acompaña fueron en su época los más completos, aunque el propio

Gayangos sabía que podían mejorarse, como él mismo hizo luego en el *Ensayo* de Gallardo.

Una opinión paralela emite sobre el *Romancero* con ocasión del juicio de Ticknor de que se trata de una poética tan identificada con el carácter del pueblo que los produjo, que irán con él «mientras España no pierda su existencia independiente» (fin del cap. VII). Gayangos, en su nota a este párrafo, compara lo que para él son insípidos *fabliaux* antiguos y las pesadas composiciones de los trovadores y juglares con los romances, y éstos le parecen mejores porque «representan un conjunto de exaltado sentimiento poético que llenaba toda la nación durante la época en que el poder musulmán iba poco a poco perdiendo fuerzas, a impulsos de un entusiasmo que llegó finalmente a ser irresistible por hallarse fundado originariamente en un principio de lealtad y de deber religioso».

Se trata, pues, de una interpretación de raíces románticas que Gayangos no modificó a lo largo de su vida. Pero, dentro de ella, el gran conocimiento que poseía de la bibliografía aseguraba un amplio desarrollo histórico, el más extenso en su época.

Las introducciones del volumen de los *Escritores en prosa anteriores al siglo XV* son más breves y a modo de una historia centrada en las obras que publica. Sobre todo, son notables la biografía y la consideración de las obras de Juan Manuel; en ellas están contenidas en resumen las bases del conocimiento de este escritor, que él considera que, después de Alfonso X, «nadie influyó tanto en el progreso de las letras castellanas» (XIX). Gayangos, en este volumen, se ciñe más a los hechos que a la interpretación; concebido después que el anterior, procura una mayor precisión de los datos expuestos y aprovecha la perspectiva que él tiene sobre la literatura árabe para verificar precisiones sobre las fuentes de esta especie, sobre todo en casos como el *Calila e Dymna*, que fueron en su tiempo un alarde de erudición; demostró que la versión que mandó traducir de Alfonso X procedía directamente de la versión árabe de Ibn al-Muqaffá.

Con un gran conocimiento del árabe, estaba en las mejores condiciones para percibir las relaciones entre la literatura de esta lengua y la vernácula de los cristianos, y así lo hizo estudiando la que perteneció a la zona de relación intensa entre ambos pueblos que hubieron de convivir y aun mezclarse en una peculiar situación: Gayangos puso su atención en las cuestiones de la poesía árabe contenidas en las estrofas de las muguasajas, un asunto que luego ha ofrecido tanta materia de discusión filológica con su derivación literaria.

Sin embargo, Gayangos no cayó en la tentación de extender la influencia árabe más allá de lo que él creía defendible. Cuando Ticknor enuncia la proposición de Conde en relación con el origen morisco de los romances (cap. VI, nota 8), y se opone a ella, Gayangos se limita a precisar la cita y

la amplía, diciendo tan sólo que la teoría de Conde ha tenido muchos partidarios, sin añadir más razones, como parece que cabría esperar si tal opinión le hubiese convencido. Gayangos fue gran aficionado al *Romancero* y compró colecciones y pliegos sueltos, y fue amigo de Ferdinand Wolf, que le dedicó un ejemplar de su obra *Zur Geschichte der Romanzendichtung und der Liederbücher der Spanier*.

VISION DE CONJUNTO

Considerando que sólo hemos tocado un aspecto parcial de la variada obra del autor aquí tratado, el que se refiere a la literatura castellana, creo que conviene aplicarle un juicio que otro historiador de la literatura española, Jaime Fitzmaurice-Kelly (1857-1923), escribió en 1897, el año de la muerte de Gayangos, en la crónica necrológica que le dedicó en la *Revue Hispanique*: «There have been many men more brilliant than Gayangos: none has surpassed him in what may be called *special vulgarisation*, a domain in which he triumphed by sheer superiority of Knowledge»²⁰. Esta peculiar aptitud para una *vulgarización* especial, de alto rango, pudiera explicar que él no se estableciese en un determinado dominio de estudios. Es una especie de compromiso entre los ideales románticos, que sintió vivamente en su juventud, y la disciplina que le iba imponiendo poco a poco la amplitud cada vez mayor de sus conocimientos y el cauce general de la crítica literaria de la segunda mitad del siglo XIX.

Resumiendo esta exploración de la personalidad erudita y crítica de Gayangos, evidentemente parcial, cabe decir que en sus estudios sobre literatura de la Edad Media se inició con las preferencias románticas sobre la caballería europea, y a los libros de caballerías dedicó sus esfuerzos durante muchos años en España y en Inglaterra; y así fue como procuró siempre comprarlos en las librerías hasta reunir la importante colección que guarda la Biblioteca Nacional de Madrid; después puso su atención en catalogarlos; también publicó algunos de ellos y asimismo los estudió en sus notas de lectura. Cerca de todo esto queda su afición por las crónicas históricas, del siglo XV, de las que juntó una buena colección. Su dominio preferido fue la prosa, y en este sentido abrió, para los españoles, los hispanoamericanos y los hispanistas del siglo XIX, el importante dominio de los libros de la «didáctica» medieval, hasta entonces poco conocidos. Y en este aspecto le cabe haber puesto en el lugar que merecía al príncipe don Juan Manuel.

²⁰ JAMES FITZMAURICE-KELLY: «Chroniques», en *Revue Hispanique*, 4 (1897), pág. 341.

Su actividad resultó paralela a la de otro gran bibliófilo y bibliógrafo: Bartolomé José Gallardo. Es ocasión de lamentar aquí la pérdida de otro gran bibliógrafo, pareja a estos que menciono, don Antonio Rodríguez-Moñino, que habría ilustrado con su autoridad este aspecto de las relaciones entre ambos. Gallardo fue aún más estricto y disciplinadamente bibliógrafo. Gayangos manifiesta esta formación romántica inicial a través de las preferencias que he señalado, pero no se dejó deslumbrar por las interpretaciones brillantes y fáciles. Se le nota un cierto temor por las generalizaciones; a lo más, coopera en ir formando las agrupaciones que requería la historia de la literatura medieval, aún poco segura en la ordenación de los materiales. Gayangos prefería aportar materiales y ofrecer la noticia de las obras en su labor bibliográfica. Y resultado de esta labor y de las lecturas consecuentes, fue la anotación diligente de la *Historia* de Ticknor, y la ayuda ofrecida a los que estaban en el camino de la investigación. Europeísta declarado en sus estudios de la literatura española, supo, sin embargo, avisar sobre la situación crítica en que ésta se encontraba, y llamó la atención sobre la literatura mudéjar, y también señaló algunas cuestiones comparatistas entre ambas.

Gayangos, ceñido a Ticknor, preparaba y hacía posible el gran esfuerzo, en muchos casos cronológicamente paralelo, de José Amador de los Ríos, que publicó entre 1861 y 1865 su *Historia crítica de la literatura española*, el gran monumento de la investigación medieval, con siete volúmenes desde los orígenes al reinado de los Reyes Católicos. Gayangos se ocupó de las cuestiones de la literatura medieval primero de una manera secundaria y después lo hizo cada vez con más intensidad, siguiendo su vocación por las letras; su curiosidad, orientada hacia la investigación, no tenía límites en la cronología, pero se afianzó preponderantemente en la Edad Media²¹. Es un medievalista en participación, consciente de que con ello aporta lo que puede y lo que mejor conoce a la cultura española de la época.

Para cerrar este recorrido de lo que hizo Gayangos por la literatura medieval española conviene recordar lo que se dice en la advertencia del tomo II del *Ensayo*, de Gallardo, refiriéndose a la liberal generosidad de D. Pascual con que facilitaba sus libros y la ciencia que extraía, dato a dato, de sus lecturas: «¡Dichoso aquel para quien el ingenio y la ciencia son una llama viva que pueden inflamar otras muchas sin pérdida ni menoscabo de su propia luz!» Esta flamante opinión, muy del gusto de la época, concierta con los términos más objetivos, pero no menos fervientes que proceden de

²¹ El acopio bibliográfico más amplio sobre Gayangos, en la parte que corresponde a sus estudios sobre literatura medieval castellana, se encuentra en JOSÉ SIMÓN DÍAZ: *Bibliografía de la Literatura hispánica* (Madrid: CSIC, 1986), II, 3.ª ed. corregida y actualizada, índices por el nombre del autor y por «Biblioteca de Pascual de Gayangos».

una carta de presentación que envió Ticknor a Washington Irving: «Mr. Gayangos, a Spanish gentleman of rare learning and most agreeable and excelent qualities, to whose knowledge and generosity, both Mr. Prescott and myself are under great obligations» (Carta de Ticknor a Washington Irving, Boston, 30 de marzo de 1842)²².

²² G. TICKNOR: *Letters to P. de Gayangos*, ob. cit., pág. 32.